

(01018)

El chico de Santander

Lunes, 09:22 a.m.

**Oficinas de Industrias López y Asociados
Mospintoles — Sur de Madrid**

Cuando comenzó la reunión López tenía un semblante serio. Conocía el malestar que su comparecencia del último viernes ante los medios de comunicación había suscitado entre los miembros del Consejo de Dirección.

Lo cierto es que le traía sin cuidado cual era la opinión de aquellos carcas miembros del Consejo al respecto, pero tenía que aparentar malestar. López opinaba que los miembros del Consejo no estaban habituados a enterarse por la prensa ni de una nueva información que les atañera ni de que había dejado de ser secreto aquello que callaban. Y se trataba de que fueran habituándose. El mundo del fútbol profesional no era en este punto el mundo empresarial en el que hasta ahora se habían desenvuelto.

La comparecencia del viernes había sido discreta, y López la tildó, además, de forzada. Estaban allí los dos medios locales y los medios regionales pertenecientes a los grandes grupos mediáticos. Finalmente la noticia, más allá de Mospintoles, sólo había supuesto una reseña en las páginas deportivas de El Mundo. Poco importaba en esos momentos lo que un recién ascendido a segunda división hiciera.

El As y el Marca habían sido hábilmente evitados haciéndoles llegar la convocatoria minutos antes de la rueda de prensa. A la mañana siguiente, sábado, Basáñez había presentado sus excusas en persona amparándose en la inexperiencia de su gabinete de prensa en lides deportivas. Y los dos diarios deportivos habían quedado a disposición de Basáñez y del Rayo de Mospintoles, facilitándole algunos teléfonos y direcciones de correo electrónico.

Quedó claro que a la edición de Madrid de ambos diarios sí les interesaba todo lo que concernía al novato en la categoría, y Basáñez les había enlatado la información adjuntando alguna foto. Finalmente no habían tenido a bien publicarla, lo que fue del agrado de López.

Pero el Consejo de Dirección, con Pedregal a la cabeza, pretendía mantener el sistema anterior, donde todo lo que se cuece ha de pasar por las reuniones del órgano colegiado.

López había expuesto que el mundo del fútbol era mucho más dinámico que el mundo empresarial, y se ofreció a llamar personalmente a Pedregal para que en la próxima comparecencia improvisada estuviera a su lado.

Pedregal había bajado un tanto el tono de su queja, y López había podido explicar que trató de salir al paso de un rumor que estaba ya en todo Mospintoles, a pesar de que él les había rogado encarecidamente un mutismo absoluto.

—Señores, les pedí que guardaran silencio, y nada más llegar a mi domicilio procedente de Alemania el señor Basáñez me llama diciéndome que existía el rumor en la ciudad de que el Rayo haría un fichaje estratosférico y de que casi toda la actual plantilla saldría despedida, cosas ambas que no eran del todo ciertas. Supongo que ninguno de ustedes tendrá la gallardía de decirnos aquí que habló indebidamente de lo que no convenía —inquirió excluyéndose hábilmente de los inculpados.

López hizo una pequeña pausa, y tras pasear su mirada por las caras de los asistentes bajó la vista como queriendo pasar a otra cosa.

—Comprenderán ustedes que la única forma válida de atajar un rumor es diciendo la verdad, o al menos la parte de verdad que conviene dar a conocer. Y no hice más que eso. Dije que el Rayo estaba buscando algún refuerzo para un puesto específico y que se estaba buscando acomodo para una parte de la plantilla, dado que el salto de calidad entre la segunda B y la segunda es abismal y tenemos el deber de mejorar nuestra competitividad.

—Señor López, puede usted tener razón en lo que nos dice. Tal vez hayamos pecado de alarmistas. Pero ha de tener usted en cuenta que este Consejo de Dirección no está habituado a levantarse el sábado y leer en la prensa que nuestro presidente ha difundido a los cuatro vientos las deliberaciones que se creían secretas en este Consejo. Es cierto que el rumor estaba en Mospintoles ya el viernes por la mañana. Todos somos potencialmente culpables, pero el mal no ha sido tan grave...

—Señor Pedregal, me va a permitir que le interrumpa si es usted tan amable. Dice usted que todos somos potencialmente culpables, pero recuerde que yo estaba en Alemania desde el mediodía del martes. Y dice usted que el mal no ha sido tan dañino, pero lo dice después de que este presidente saliera al paso de un rumor que podría haber colocado a buena parte de la ciudad en nuestra contra. Lamento que el Consejo no fuera informado, pero no había tiempo material de hacerlo. Y me temo que a partir de ahora, y hasta que el Rayo se transforme en sociedad anónima deportiva, este Consejo va a tener que irse acostumbrando a esta forma de actuar. Al menos en la Comunidad de Madrid hemos trascendido las fronteras deportivas de nuestro municipio.

Un acostumbrado rumor se instaló a lo largo de aquella mesa alta, donde los consejeros se reunían de pie en lo que López llamaba “el modelo japonés de reuniones”.

Sin dar tiempo a que se apagaran las voces, López pasó al primer punto del orden del día.

—Tengo delante de mí un informe sobre el chico de Santander, que creo que ya va siendo hora de conocer su nombre.

—Chili Revuelta, señor López —intervino el director técnico.
—¿Chili? Me parece un nombre poco serio para un futbolista...
—Con tal de que meta goles, señor López... —atajó el técnico.
—El joven es un valor que nuestro cuerpo técnico ambiciona —continuó López— pero su señor padre no parece estimar que su vástago venga a vivir a Madrid. Cierto que el chico es mayor de edad, pero ninguno de los aquí presentes pretende propiciar una escisión familiar forzando la situación. Su actual equipo estaría dichoso de firmar con nosotros la cesión del jugador con una opción de compra a ejercer el año que viene. Pero el señor Revuelta, taxista de profesión, no acaba de dar su brazo a torcer.

López hizo una pausa y fingió poner en orden unos papeles que tenía delante de sí. Lo cierto es que Basáñez se los había remitido por fax a su domicilio particular la noche del domingo y había tenido tiempo de diseñar un plan.
—Tienen todos ustedes el dossier que nuestro hombre en Santander nos ha enviado sobre las costumbres del señor Revuelta. Han tenido ustedes media hora para leer el informe antes de llegar a esta sala. ¿Alguna idea?

Un sordo rumor confirmó a López la respuesta negativa del resto del equipo de dirección.

—Saben ustedes que la ética es nuestro lema, siempre y cuando no nos impida llegar a nuestros fines. Debemos pues ser prudentes al tratar este tema. No tenemos mucho tiempo para cerrar ese fichaje, no fuera a ser que alguien se nos adelantara. Señores, sólo se me ocurre emplear una táctica similar a la que ya empleáramos hace cosa de un año con motivo de la compra de aquella pequeña empresa que nos interesaba adquirir sólo por motivos de posicionamiento.

Un nuevo rumor corrió por la estancia. Claramente era un rumor jocoso. Alguno de los reunidos llegó a ahogar una carcajada.

—Veo que recuerdan nuestras correrías —dijo López sonriente—. A la vista del informe sobre el señor Revuelta se me ocurre beneficiar a nuestro renuente padre con la esperanza de que obtendrá algún placer viajando a Madrid ocasionalmente para estar cerca de su único hijo. Todo parece indicar que el señor Revuelta tampoco hace remilgos cuando puede saltarse la ética matrimonial.

Esta vez se escuchó una sorda risa general. Estas cosas un tanto truculentas eran del agrado de aquellos pequeños magnates.

—Creo sentir que cuento con la aprobación de todos ustedes. Así es que, con su permiso... Señor Basáñez, tome nota por favor.

En este momento López pareció ensimismarse, sus facciones adquirieron un gesto serio, casi adusto, juntó las yemas de los dedos de ambas manos delante de su barbilla de tal manera que cualquiera que lo hubiera observado en ese momento hubiera creído que estaba elevando una plegaria, y comenzó a dictar.

—Necesitamos una señorita que sea del gusto del señor Revuelta. Haga que la dama se aloje en ese lujoso hotel que hay en Santander en primera línea de playa.

Aquí López pareció pensárselo unos instantes.

—Consiga averiguar la hora y la parada en la que habitualmente estaciona su taxi el señor Revuelta para que sus servicios sean solicitados por nuestra chica. La joven debe conseguir que el viaje dure el tiempo suficiente como para entablar amena conversación. Quizá deba salir de la ciudad... Que la lleve a Torrelavega a realizar unas gestiones, que el taxi la espere y la devuelva al hotel.

López hizo una nueva pausa.

—Ha de ser una chica hábil, que no trate de seguir al dedillo nuestras instrucciones, que sepa improvisar. Que tenga claro el objetivo y sepa ejecutar nuestro plan.

Y tras una nueva pausa López sonrió malévolamente.

—Parece que el señor Revuelta es bastante dicharachero. No tendrá problemas en entablar conversación. Que le haga saber que va a estar unos días en la ciudad. El viaje le será rentable a nuestro taxista, con lo que estará encantado de hacerlo a diario, por lo que nuestra amiga no deberá tener problemas para hacerse con su teléfono privado. Que la chavala, al pagar, lo haga con esplendidez, dejándole buena propina; que el taxista intuya que la señorita está bien acomodada.

López levantó la mirada para ver a su auditorio. Alguno había que parecía dispuesto a babear, con la mandíbula inferior colgando y unos ojos ensoñadores.

—Incluso que le llame para alguna salida nocturna. Que nuestra dama se divierta en la noche. Que pique a Revuelta, pero que se haga de rogar. Al cuarto día que se lo lleve a la cama. Sólo dos días de relaciones extramatrimoniales le van a estar permitidos al señor Revuelta a nuestra cuenta. Señores, esperemos que los aproveche porque es todo lo que estamos dispuestos a darle.

La concurrencia emitió un sonido sordo, casi gutural, que más parecía un rugido. La mayoría estaban bien entrados en los sesenta inviernos. López y su equipo más cercano eran los más jóvenes del grupo.

—Que sea el taxista quien lleve a nuestra dama al aeropuerto. Ha de enamorarle. Que le dé unas señas... —López pareció cambiar de idea—, que le dé unas señas en uno de nuestros municipios vecinos.

López había acabado de exponer su plan.

—Basáñez, no pierda contacto con la joven ni un solo día. Que nos reporte informes pormenorizados de cómo avanza nuestra gestión. Pormenorizados de los avances, se entiende. No queremos saber los pormenores de la conclusión.

Algo parecido a una carcajada grupal llenó la estancia, y con ella se disipó la tensión que quedaba del anterior careo.

—Que se citen para diez días después de su marcha en el municipio que usted elija, pero en un lugar ficticio. Compre para la joven un número de móvil al que el pardillo de Revuelta pueda llamarla durante esos días, pero sin que nada nos asocie a esta trama. Al término de esos diez días ya debemos tener firmada la cesión del chaval con el beneplácito de su progenitor.

López puso la mano sobre la mesa, como para dar por concluido este punto, pero añadió:

—Y... Basáñez, busque una putilla que sea de confianza, no podemos permitirnos el error de quedarnos al descubierto.